

El choro

“A Paulo César, que me enseña que la vida es desapego y entrega absoluta”.

D. Montoya

Fue de casualidad, de eso estoy seguro. Había dado ese golpe casi sin pensarlo, como por instinto, para defenderme o esquivar el puntazo que se me venía encima. Uno se encuentra muchas veces, en el lugar y en el momento equivocado. Es lo que sucedió ese día, jamás debí haber entrado a ese bar, y menos haberme involucrado en los hechos en que involuntariamente me vi envuelto.

La riña, estalló de repente, de la nada y sin motivo aparente. Una más de tantas otras peleas de borrachines que terminan mal. El motivo, siempre el mismo, el calor del alcohol y las contrariedades producida por los excesos y la pasión descontrolada.

Ese día, acabado el turno, subíamos desde el puerto, Aníbal, Osvaldo y yo. El ardiente sol hacía centellear las veredas; los restos de comidas abandonadas en los pórticos de los viejos edificios por los vagabundos que frecuentan el sector, subía como un miasma en el aire. Caminábamos aletargados, sudorosos y sedientos, metidos dentro de los buzos anaranjados y fosforescentes de los trabajadores del embarque de fruta de la temporada. Las cocinerías del viejo Mercado, llenaban nuestras narices con un olor apestoso, como si alguien hubiera descargado allí un camión con manzanas podridas y legumbres fermentadas. El cielo del atardecer, era una franja de hojalata dura y metálica que caía sobre los tendedores de los viejos cites, donde flotaban camisas floreadas y restos de toallas descoloridas.

-¿Por qué no pasamos a beber una cerveza fría?-propuso Osvaldo, echándose las manos a los bolsillos, escudriñando dinero.

-Pues, lo que es yo, lo único que quiero es llegar a casa, darme una ducha y descansar-respondí con desinterés.

-No olviden que llevamos dos turnos seguidos de ocho horas , y debemos hacer otros dos más por la tarde-agregué persuasivo.

¡Pero, hombre, es sólo una cerveza...nos vendrá bien... con el calor que hace! –inquirió Aníbal, haciendo gestos evidentes de estar sediento.

¡No se habla más entonces, beberemos una cerveza... de esas grandes... bien helada!-terminó diciendo Osvaldo con autoridad.

¡Yo invito!-agregó en actitud de cómplice desprendimiento.

¡Así me gusta!-exclamó Aníbal, palmoteándonos la espalda.

La taberna “Los amigos”, quedaba del otro lado de la costanera, cerca de la subida que lleva a la parte alta de la plaza “Echaurren”. No era un lugar que frecuentáramos, por la mala fama que tenía. Allí se juntaban a beber: feriantes, pescadores, vendedores ambulantes, truhanes y tramposos del lugar. Solían sucederse allí asaltos y robos a plena luz del día. La policía llegaba a veces, interrogaban a alguien, entraban a una taberna, vaciaban y quebraban botellas de alcohol, destruían mesas, zamarreaban a algún ebrio que dormitaba confiadamente en algún rincón y luego se iban.

Sin embargo, el trayecto a nuestro barrio que quedaba en la parte alta del Puerto, detrás de la “Iglesia de la Matriz” se hace más corto si se toma el camino que pasa por la plaza, de lo contrario habría que subir cinco cuadras más abajo y hacer un camino más largo por las escaleras que lo acceden por el lado oriente.

La invitación estaba hecha y no había forma de echar pie atrás. Así, de pronto, nos vimos en la barra, o lo que parecía ser, bebiendo cada uno una jarra de cerveza helada y espumante. Lo hacíamos lenta y silenciosamente, a pequeños sorbos, como un ritual ajeno al bullicio y a las risas destempladas de los parroquianos que a esa hora se embriagaban en el lugar. Las viejas putas, que otrora habían llevado una vida de abundancia, se arrimaban a estos bares de mala muerte, para saciar la sed y llenar la panza; mientras lo hacían, se dejaban manosear sin pudor a cambio de estos míseros favores. Como mujeres experimentadas en el viejo oficio, mantienen la costumbre de pintarrajearse la

cara luciendo ese maquillaje pastoso y barato como un signo inequívoco de miseria. Sus brazos adornados con finas joyas que cuestan una fortuna de monedas falsas. Una puta de verdad, jamás se jubila, y continúa acicalándose para sus esquivos clientes.

De pronto Osvaldo, interrumpió mis cavilaciones susurrando, moviendo apenas los labios, con disimulado cuidado.

-¡Mira quien está en la mesa de la izquierda!-

-¿Quién?-Interrogamos al unísono Aníbal y yo, buscando en todas direcciones del lúgubre salón.

-¡El “Jaiba”!-respondió Osvaldo, esquivando la mirada hacia un punto no definido del cielo raso.

-Es mejor que apuremos la cerveza y nos vayamos de acá.-agregó con evidente preocupación.

El Jaiba era un mocetón, conocido por su arrojo. Le habían puesto ese apodo, merced a sus dos grandes manos, que parecían dos enormes tenazas, que no guardaban ninguna proporción con el resto de su cuerpo. Bohemio y pendenciero. En sus años de juventud había sido pescador y boxeador. Lucía una nariz chata, que restregaba graciosamente en todas direcciones como una bola de goma desinflada. Su cuello de toro apenas sobresalía de sus anchos hombros. Era pues, poderoso, como un gladiador. Sus brazos, dos grúas, que lucían tatuajes simétricos de mujeres de pechos de protuberante desnudez. Su pelo enmarañado y su mirada de gato, brillando en la oscuridad. Cuando me encontré con su mirada decidida de asesino, me corrió un calor frío por la espalda y sentí tal miedo, que el último trago, del ya tibio líquido, se negaba a bajar por mi garganta.

Al Jaiba, se le temía de verdad y él lo sabía. Un mafioso de malas intenciones, de esos que por nada te puede dar un puñetazo. Capaz de tomar todo lo que quiere, sin siquiera pedirlo. Si tú llevabas una prenda que a él le agradaba, pues te la quitaba, amenazándote con su cuchillo que guardaba entre

sus ropas y que manejaba diestramente. Así entonces, era mejor darle todo lo que quería. De este modo, bebía y comía gratis, obligaba bajo amenaza, a “ponerle algo” en su mesa. Si te topabas en algún lugar con él, era mejor fingir que no habías notado su presencia. Se hacía acompañar además, por dos escuderos., que le seguían a todas partes y le obedecían ciegamente. Aunque sospechábamos que sin su protección, se reducían a dos sanguijuelas que no asustarían siquiera a un niño. No se sabía realmente quién cuidaba a quién.

Todos los parroquianos del barrio puerto, sabían cuando el “Jaiba” estaba de juerga en algún bar de los callejones del lugar. Se le escuchaba reír estrepitosamente. Le gustaba que cantaran y bailaran para él. Entonces, el lugar se llenaba de putas y borrachines, unos adulándole y otros, observando este espectáculo de viejos caneros, disfrutando algo de esa efímera libertad.

-¡Hey, ustedes, los de los mamelucos de maricones!, gritó de pronto el bandido desde el rincón del saturado local, provocando risotadas entre los escasos parroquianos.

-¡A ustedes les hablo, y no se hagan los huevones! ¡Si quieren irse en paz de mi bar, es mejor que traigan unas cervezas heladas para esta mesa!-Volvió a proferir amenazante.

Nos quedamos mudos, sin mirarnos, adivinando nuestras caras descompuestas por el miedo. Sabíamos que no teníamos posibilidad contra más de veinte. Más por falta de dinero para satisfacer la exigencia que se nos imponía violentamente, que por desafiar al malandrín.

De pronto una botella voló por el aire como un misil, zumbó en el aire y rozó el cuello de Aníbal, incrustándose finalmente en la estantería detrás del mesón. Alguien pisó un perro que dormitaba en el pasillo y cayó maldiciendo sobre la puta mujer de uno de los escuderos del matón. Se oyeron golpes secos y limpios en la quijada de alguien que se tambaleó en la oscuridad del rincón de la taberna. Después volaron Platillos y ceniceros, todo fue un completo caos de violenta provocación. Alguien lanzó un escupo, aterrizó en mi cara.

De pronto, el Jaiba se abalanza sobre nosotros como un energúmeno, alzando su cuchillo, dispuesto a asestarnos un estacazo. Entonces, por instinto, le esquivo y al mismo tiempo le sostengo con fuerza el brazo que se me venía encima. El infeliz tropezó con un distraído borrachín que se le interpuso de improviso. Ese fue su momento fatal, le vimos caer de bruces sobre la filuda daga que se le enterró tibiamente a la altura del pecho, quedó allí gimiendo en los estertores de una muerte que se venía inevitable e inesperada.

De pronto me sentí rodeado por decenas de ojos que me miraban, unos, sorprendidos y otros temerosos. No supe que hacer, y me quedé como detenido en el tiempo, emudecido como un testigo forzado en esa escena macabra. De pronto, Aníbal me asesta una palmada enérgica en la cara y me devuelve de improviso a la realidad. A lo lejos se oye cada vez más cerca la sirena de la policía.

La policía no hizo más de lo que se espera en estos casos, interrogó al dueño del “local”, registraron el “accidente” en su bitácora, oyeron un par de indescifrables declaraciones de los habituales clientes, vaciaron una jarra de cerveza fría que alguien les trajo y se marcharon. En la sucia plazoleta, los vagabundos dormitaban su siesta, a la sombra de los árboles deshojados, los perros callejeros babeaban persiguiendo una leva y copulando descaradamente en la vía pública.

Antes, nadie sabía quien era yo, sin embargo ahora me adulaban con admiración y respeto. Los mocetones rivalizaban en demostrarme su amistad, invitándome a su mesa, ofreciéndome lo que antes era para el “jaiba”. A cambio yo debía repetir una y otra vez el modo como había esperado al bandido y le había asestado el golpe mortal. Así las cosas comencé a creer que realmente yo había ajusticiado al temido “Jaiba”; que el bandido había muerto a causa de mi arrojo y decisión. Acabó que, a pesar mío, me hinché y me persuadí de que en verdad era valiente, de esos que por cualquier tontería pegan sin consideración. Empecé a considerar, que me gustaba sentir que todos me temían; mis visitas al lugar se hicieron más frecuentes. Ese poder malévolo que ejercía mi presencia

sobre los más indefensos, comenzó a hacer profundas transformaciones en mi conducta y mis criterios. Comencé a mirar incluso a mis antiguos amigos con desdén y soberbia, por lo demás ya casi no los veía, desde que poco a poco deje de ir a trabajar. Pasaba el día entero en el rincón sombrío del bar, unas veces jugando apuestas a las cartas, bebiendo cervezas hasta hartarme y otras sacando a algún ebrio a la calle que porfiaba en armar algún escándalo.

Un día apareció en el bar un sujeto llamado el “Gordo Tito”. Nadie sabía cómo había llegado a vivir cerca de allí. Se había hecho cargo de la única verdulería del barrio. Allí acudían todas las mujeres del lugar. El gordo, las engatusaba con zalamerías y adulaciones de galancete. Ellas le creían y se embobaban con sus piropos, se sentían además verdaderamente “Reinas”, “Princesas” y dueñas de otras otros tantos adjetivos que oían del aprendiz de galán.

Tito, era un tipo joven, el doble de alto y grueso que yo, la verdad es que no se le tenía por valiente, por culpa de que es blando como un saco de garbanzos, con caderas anchas, hombros caídos y una cara sin un pelo de barba, lisa y deformada. Pero a fin de cuentas era un hombretón y me daba miedo. Su virtud: ser zalamero y tierno con las mujeres, sabía que decirles para ruborizarlas. Eso nos molestaba, más aun si nosotros no conseguíamos conquistar ni una sonrisa de parte de las féminas, ni mucho menos una palabra de esperanza. Odiábamos en él, esa desvergüenza de provocar incluso a nuestras mujeres.

Tito se sentó cerca del viejo televisor a beber su jarra de cerveza, mientras lo hacía miraba con ojos saltones en todas direcciones como un conejo asustado.

-Emilio, sabías que el gordo tito, anda tras tu mujer..-Oí que alguien dijo tras mis espaldas-

-¿Qué estás insinuando?...¡ Mi mujer sería incapaz de mirar a otro hombre que no sea yo! –Inquirí perturbado-

-Bueno., es lo que dicen, yo solo lo repito.....tu eres mi amigo.-Volvió a insistir la misma aguardentosa voz-

-Es que entonces , yo mato a este desgraciado..- amenacé acalorado-

-La solución está a la mano-propuso uno de mis escoltas, desprendiéndose de entre las ropas de un cuchillo que reconocí haber visto tiempo atrás.

Cuando me abalanzaba sobre el hombretón, en esos segundos que parece que todo se detiene, un miedo profundo se apoderó de mí. En una fracción de segundos miré la cara de mi adversario y percibí su serenidad, se veía lúcido y seguro y sin una pizca de odio en su mirada. Al mismo tiempo sabía que, mientras me abalanzaba sobre él, había puesto mi firma en un contrato que no podía cumplir.

FIN.-